

LOS DOMINGOS

-- PF --

LA NUEVA PRENSA

Al montón



IOS TE

lleve con bien y que la Virgen Santísima te acompañe! le dijo la madre cuando abandonó la humilde casita, un sábado muy temprano, triste la pobre muchacha porque dejaba aquel hogar tan querido.

Estaban tan pobres desde que murió el padre, y los tiempos se ponían tan malos, que fuerza era marcharse á San José, como tantas otras campesinas, á servir á las casas de los ricos.

Así podría ayudar á su pobre madre enferma, y á sus dos hermanitos, y comprarse un rebozo de seda color rosado para ir á misa los domingos.

Mientras seguía á paso ligero el polvoriento camino, pensaba en lo que ña Chepa, una vecina, había dicho á su madre aquella mañana:

—Créame usted, *mana* María, todas las muchachas *probes* que van á servir á la *suidá*, se vuelven unas perdidas como la hija del *dijunto ñor* Leandro.

Ella no sería una perdida, aunque las demás lo fueran.

Sería honrada siempre y buena cristiana.

¡Qué lejos estaba la pobre campesina de la realidad de estas ciudades corruptoras, á donde llegan tan puras como las flores de los campos donde crecieron felices, y no salen nunca si no es convertidas en carne del vicio!

Llegó á San José cansada, porque su pueblo estaba lejos, y durante largas horas anduvo recorriendo las calles principales y deteniéndose para preguntar en algunas casas:

—Necesitan aquí una *concertada*?

—No—le decían.

—Dispense usted, y se marchaba para preguntar en otra parte.

Al fin, en casa de un abogado muy rico le dijeron que se quedara sirviendo de *niñera*. Una *niñera* muy risueña y muy linda.

Su obligación era muy sencilla: sacar todas las mañanas á paseo, á dos niños rubios, muy *corrongos*, y estar siempre al cuidado de ellos en la casa.

Le pagarían diez pesos mensuales y podía disponer de algunos domingos para ir á ver á su madre.

Estaba contenta de su suerte.

Pasó el primer mes de servicio; á los señores de la casa les gustaba la campesina, y ella amaba á sus niños rubios.

Un domingo se marchó á ver á su madre.

La pobre vieja estaba cada día más enferma y se alegró mucho de ver á su hija.

Sé siempre buena, *hijita*—le dijo,—y pídele al ángel de tu guarda que no te desampare.

¡Qué pronto había de abandonarla el ángel protector de su virtud y de su dicha.

María, que así se llamaba



la moza, empezaba á hallar encantadora la vida en San José, una ciudad tan bonita y tan alegre.

Sobre todo le gustaba pa-

sear los domingos, en las tardes hermosas. Oía la música en el Parque, y luego recorría la extensa avenida de las Damas, mirando embebida á las elegantes señoritas, sentadas



en los bancos de los jardines del Morazán.

Los paseantes le decían, cuando pasaba:

—Adios, primorosa!—y esto la divertía mucho.

Era su compañera de paseos, una criada que servía en la casa contigua á la de sus amos; una morena muy alegre, de San Vicente, y que tenía un novio artesano que salía con ella por las noches y volvían tarde.

A María le chocaban estos paseos nocturnos de su amiga.

Un día, estando con los niños en uno de los bancos del Central, un joven oficial, muy brillante, con sus cordones dorados y franjas rojas, se sentó muy cerca de ella y la llamó linda y desdenosa.

Ella, al principio, halló pesado al mozo y le manifestó su disgusto diciéndole:

—Déjeme en paz, porra! pero tenía un modo de mirar aquel militar y decía tan lindas cosas, que al fin, conversó con él muy larga y cariñosamente, y concluyó por decirle á donde vivía.

—Sabe usted á casa de don Joaquín Bermúdez, un señor abogado que usa anteojos? Por el Colegio de Señoritas, á la derecha.

Allí podía ir á verla cuando quisiera, de paso, y sin que lo notara la señora, que tenía mal genio.

Y todas las noches, se veían, sin hablarse; y en las mañanas María era feliz en dulces pláticas con el joven oficial, tan apasionado y tan guapo, y que le decía mirándola de un modo que le acariciaba el alma:

—Te quiero tanto, *Mariquita*!.....

Ella también lo quería ya bastante. Y, sobre todo ¿no le había dicho que se casaría con ella cuando lo hicieran teniente?

¡Esposa de un teniente! Nada más podía desear una pobre campesina como ella. Como á todas las de su condición la deslumbraban los galones, aunque los llevara cualquier pobre diablo, y á su oficial lo hallaba adorable.

Su señora se enteró al fin de aquellos amores, y la reprendió. Mal camino llevaba la chica si no mandaba á paseo á su Adonis.

Un día, volvió tarde del paseo con los niños, y uno de ellos venía golpeado en la frente á consecuencia de una caída.

—Claro: por pasar el tiempo en coloquios con sus novios, descuidan á las pobres criaturas. Si aquello seguía, lo mejor era que buscara otra casa donde ir.

Ay! Por todo hubiera pasado antes que desear aquel amor que la hacía tan feliz.

¡Era tan bueno con ella y le había hecho tantos obsequios!

Un pañuelo de seda muy hermoso, sobre todo, y un pomito de perfume del fino, y una crucecita con su cordón para la garganta. Debía costar mucho dinero todo aquello.

Su amiga, la criada de la vecindad, le tenía una envidia muy grande por aquel novio.

El de ella no era tan obsequioso ni tan apasionado.

—Pero ¿no paseas de noche con tu oficial? le preguntó una vez.

No había salido todavía ninguna noche, pero saldría muy pronto, para darle gusto á él, que lo deseaba mucho.

Y salió uno noche, y luego otra, y otra... y algunas veces volvió tarde.

Hacía cuatro meses que había salido de su pueblo, y el último mes, el domingo que le dejaron libre para ir á ver á su madre, lo pasó con su amante, vagando por los alrededores de San José.

Ah! Cómo lo amaba; qué amor tan intenso y tan puro sentía por aquel oficial deslumbrador, que le llevaba cucuruchos de dulces y tanto la mimaba.

Los días pasaban muy felices para los dos enamorados. Los paseos se sucedían con frecuencia, y cuando sus quehaceres les dejaban libre el tiempo, se iban para los pueblecitos cercanos, por la carretera, muy dichosos, jurándose amor eterno.

Fué en uno de esos paseos campestres, una mañana muy risueña, llena de sol y de aromas, bajo la verde fonda y sobre el césped, que la enamorada doncella.....!!

La historia de esta fresca y hermosa campesina es la historia de todas las que abandonan sus hogares y se vienen á servir á la ciudad en busca de mayor fortuna.

Las engañan y las abandonan, y las que no vuelven á sus casas desilusionadas y llenas de tristeza, siguen una senda de vicio.

Se les borra el recuerdo de su primer amor, el amor de su caída inevitable, y los amantes se suceden, hasta que ya desmejoradas por el abuso del placer, tienen que salir de noche á los cuartos de los estudiantes á vender lo que les queda de su belleza marchita.

Una noche lluviosa y triste, la vi en uno de esos barrios donde la ola del vicio arroja á esas desgraciadas en montón de miseria y suciedad.

Ya no la llamabam María: sus compañeras le decían *La Araña* y vivía en un cuartucho inmundo en donde recibía arrieros que vienen al Mercado y á los ganapanes de los suburbios. ¡Qué tristeza me causó aquel desperdicio de mujer; la misma que hacía un año, salía de su casa, risueña, feliz y hermosa, á ganar dinero á la ciudad para ayudar á su madre enferma!

San José, 9 de junio de 1899.

\*\*\*

CRONICA

SANTORAL

— 1899 —

JUNIO, 30 DÍAS

176—189

Domingo, 25.—Santos Guillermo ab. Próspero ob., Antidio ob. y martir y santas Lucía Febronia y Eurosia. vgs. y mr.

1895

Se inaugura en Lisboa el Congreso Católico internacional.

177—188

Lunes 26.—Santos Juan y Pablo hrs. mrs. Pelayo, mr. Silvio ob. y mr. David. erm. y santa Perseveranda vg.

1802

Nace Emilio de Girardin.